

ENSAYO DE CRÍTICA SEMIÓTICA DE CIEN AÑOS DE SOLEDAD DE GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

Mónica Puente Jaramillo

A pesar de los múltiples análisis y críticas literarias a los que ha estado sujeta la obra *Cien años de soledad* a lo largo de las últimas décadas, paradójicamente sigue resultando una tarea desafiante la de escudriñar un texto tan colmado de significados como lo es la máxima obra del Nobel de Literatura Gabriel García Márquez. Con el presente trabajo me propongo analizar la novela para tratar de descubrir aquellos objetos e imágenes que se transforman en códigos culturales y sociales en dicha obra.

A través de las páginas de *Cien años de soledad*, García Márquez nos narra la historia de la familia Buendía y las vicisitudes de cada uno de sus miembros desde la fundación de Macondo hasta el decaimiento y devastación del pueblo como de la misma familia Buendía.

Para empezar a desglosar el mundo mágico de la familia Buendía, forzosamente hay que adentrarse en el mundo mítico de Macondo, la aldea que el patriarca José Arcadio Buendía fundó con su esposa Úrsula Iguarán y otras familias que salieron de Rioacha y se unieron a ellos, pues Macondo es el escenario o la plataforma que vislumbró en sueños el primer José Arcadio para el origen de esta particular sociedad donde los aspectos culturales, políticos, religiosos y económicos que los caracteriza, han sido establecidos en buena parte por la misma familia Buendía. De esta manera, la familia Buendía se convierte desde la fundación de la aldea, en modelo social y cultural para la comunidad macondiana.

“Al principio José Arcadio Buendía era una especie de patriarca juvenil, que daba instrucciones para la siembra y consejos para la crianza de niños y animales, y colaboraba con todos, aun en el trabajo físico, para la buena marcha de la comunidad. Puesto que su casa fue desde el primer momento la mejor de la aldea, las otras fueron arregladas a su imagen y semejanza.” (CAS, 92)

“José Arcadio Buendía... había dispuesto de tal modo la posición de las casas, que desde todas podía llegarse al río y abastecerse de agua con igual esfuerzo, y trazó las calles con tan buen sentido que ninguna casa recibía más sol que otra a la hora del calor.” (CAS, 93)

“... hasta los más convencidos de su locura abandonaron trabajo y familia

2.

El principio del desarrollo económico de Macondo esta marcado con la llegada de las “gentes” que llegaron con Úrsula cuando ésta se perdió tratando de seguir a los gitanos que se habían llevado a su hijo José Arcadio.

“Las gentes que llegaron con Úrsula divulgaron la buena calidad de su suelo y su posición privilegiada con respecto a la ciénaga, de modo que la escueta aldea de otro tiempo se convirtió muy pronto en un pueblo activo, con tiendas y talleres de artesanía, y una ruta de comercio permanente por donde llegaron los primeros árboles de pantuflas y argollas en las orejas...” (CAS, 129)

Es inevitable dejar de aludir a la influencia que la historia colombiana tuvo en el escritor y premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, y a su manera magistral de reubicar los elementos de la época en la cotidianidad de la mítica Macondo. Uno de esos objetos que tal vez pasan desapercibidos en la obra por la poca alusión que se hace es la moneda que se manejaba en Macondo:

“Tanto insistieron, que José Arcadio Buendía pagó los treinta reales y los condujo hasta el centro de la carpa, donde había un gigante de torso peludo y cabeza rapada...” (CAS, 104)

El real fue la moneda de Colombia hasta 1837, aunque siguió circulando primero como una octava parte de un peso, y luego como una décima parte de un peso por lo que cambió su nombre a Décimo. La moneda como tal fue emitida por última vez en 1880. Más tarde en la obra, cuando José Aurelio hijo regresó a Macondo y fue a la tienda de Catarino para apostar pulso, encontramos un pasaje que hace alusión al peso:

“(José Arcadio)... que no creía en artificios de fuerza, apostó doce pesos a que no movía el mostrador.” (CAS, 188).

La moneda usada en Macondo -el real y el posteriormente el peso- constituyen un elemento histórico, cultural y económico de la sociedad colombiana (y de otros países latinoamericanos que pertenecieron a la Gran Colombia), además de ser usada en la novela como un objeto que demuestra, desde mi punto de

para seguirlo, cuando se echó al hombro sus herramientas de desmontar, y pidió concurso de todos para abrir una trocha que pusiera a Macondo en contacto con los nuevos inventos.” (CAS, 94)

Como se puede observar, en estas líneas se conjugan perfectamente la imagen del patriarca y fundador José Arcadio Buendía con los primeros aspectos primitivos de organización social y política de ese Macondo arcaico que el autor nos revela en las primeras páginas de la obra.

“[José Arcadio Buendía.]... adquirió tanta autoridad entre los recién llegados que no se echaron cimientos ni se pararon cercas sin consultárselo, y se determinó que fuera él quien dirigiera la repartición de la tierra.”

Pronto Macondo pasa de ser una “*aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas*”, un lugar ideal y tranquilo para convertirse poco a poco en un pueblo con un proceso paulatino de desarrollo cultural, político-social y económico para bien o para mal de sus habitantes.

Desde mi punto de vista en Cien años de soledad, la decadencia social y física de Macondo, la ‘locura’ (a veces sensata) de la familia, y en general, todos los aspectos que llevan al pueblo y a la familia a la ruina, empieza curiosamente con la llegada o más bien, con el contacto de la comunidad con el desarrollo que les era ajeno hasta entonces. A partir de la llegada de los gitanos a Macondo, todas las llegadas de personajes, de invenciones o novedades al pueblo traían una racha de desarrollo social y cultural consigo, pero por otro lado pasaban factura de alguna desgracia para la familia o para el pueblo en general. De esta forma fue considerado la llegada del tren a Macondo, por ejemplo.

“El inocente tren amarillo que tantas incertidumbres y evidencias, y tantos halagos y desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgias había de llevar a Macondo” (CAS, 334)

Con la inocente llegada de los gitanos con los ‘últimos inventos’, por ejemplo, José Arcadio Buendía empezó por perder su lucidez, pero en cambio introdujeron entre otras cosas, los pergaminos, un objeto que aunque no se constituye en la obra como un elemento cultural de Macondo, es totalmente adoptado por la familia Buendía y pasa a jugar un papel importante en la vida cotidiana de algunos miembros de la familia, del primero y del último de la estirpe con mayor relevancia, pues invirtieron buena parte de sus mejores días tratando de descifrar su contenido.

vista, el transcurrir del tiempo en forma lineal, a pesar de que la familia Buendía (y el lector mismo) tenga siempre la sensación de que el tiempo es circular.

Como parte del proceso de desarrollo socio-político de Macondo, Gabriel García Márquez nos introduce la imagen del primer corregidor conservador enviado por el gobierno, don Apolinar Moscote, que “*había llegado a Macondo sin hacer ruido*”. La llegada del corregidor marca sin duda alguna la integración de Macondo bajo el sistema gubernamental del país que hasta el momento se había regido por una estructura tribal con José Arcadio Buendía a la cabeza.

“Su primera disposición fue ordenar que todas las casas se pintaran de azul para celebrar el aniversario de la independencia nacional.” (CAS, 150)

A lo largo de la historia de Macondo, la imagen del alcalde y de otras autoridades locales son objeto de negación y rechazo por parte del pueblo partiendo del mismo fundador, José Arcadio Buendía, y posteriormente por los hijos de los fundadores hasta la llegada de los ‘gringos’.

“Le pareció una exageración que su suegro se hiciera enviar para las elecciones seis soldados armados con fusiles, al mando de un sargento, en un pueblo sin pasiones políticas” (CAS 194)

“Las autoridades locales, después del armisticio de Neerlandia, eran alcaldes sin iniciativa, jueves decorativos, escogidos entre los pacíficos y cansados conservadores de Macondo.”

Es imposible desprenderse de la historia política colombiana y no relacionarla con las experiencias narradas en Cien años de soledad. García Márquez transpuso la realidad socio-política de Colombia de finales del siglo XIX y principios del XX a la realidad mítica de Macondo. En la obra, el motivo que desencadena en Aureliano el deseo de justicia y su posterior decisión de unirse a la guerra como liberal es, entre otras cosas, el hecho de haber presenciado el fraude electoral donde su suegro conservador, el corregido Apolinar Moscote, tomó parte activa.

“Aureliano comprendió las desventajas de la oposición. “Si yo fuera liberal –dijo– iría a la guerra por esto de las papeletas” Su suegro (Apolinar Moscote) lo miro por encima del marco de los anteojos.

-Ay, Aurelito –dijo–, si tú fueras liberal, aunque fueras mi yerno, no hubieras visto el cambio de las papeletas.” (CAS 195)

El contexto del autor es sumamente importante para el desarrollo socio-político de Macondo y del personaje Aureliano Buendía, pues como es ampliamente reconocido por el mismo García Márquez, la imagen de su abuelo el coronel Nicolás Ricardo Márquez Mejía -veterano liberal de la Guerra de los mil días- y las historias de la guerra que le solía narrar cuando era niño, lo marcaron tanto que no dudó en introducir en sus novelas éste ícono de su vida real. En el libro

Real Colombiano. Wikipedia. Disponible en: http://es.wikipedia.org/wiki/Real_colombiano

El olor de la guayaba, García Márquez asegura que el personaje de Aureliano Buendía se basa parcialmente en la imagen del general liberal Rafael Uribe Uribe, de quien el coronel Márquez Mejía recibía órdenes.

La extensa narración de los hechos ocurridos durante las 32 batallas que lideró y perdió Aureliano Buendía, se mezcla con las imágenes burlescas de algunas situaciones. Los tonos burlescos o irónicos que el autor introduce en la obra en medio de muchas situaciones aparentemente serias, recuerda por una lado la idiosincrasia de las sociedades latinoamericanas, y por otra parte, nos confirma sencillamente que la obra es una realidad ficticia, pero más allá de lo obvio, observamos la burla inteligente que el autor arma con su prosa magnífica sobre las vivencias que lo marcaron durante su infancia como muchas veces él mismo lo ha corroborado.

“El coronel Roque Carnicero, que entonces era jefe de su estado mayor, le entregó el telegrama con un gesto de consternación, pero él lo leyó con imprevisible alegría.

– ¡Qué bueno! –exclamó-. Ya tenemos telégrafo en Macondo.” (CAS 233)

Pasadas las guerras y cuando aparentemente se había alcanzado cierta estabilidad política y social en la región, Macondo se ve sacudida nuevamente por el desarrollo, esa imagen que parece atropellar tanto al pueblo como a sus habitantes. Entre la segunda ola de extranjeros que llegan al pueblo, aparece Mr. Herbert que se convierte en un ícono del capitalismo en la obra junto con los demás gringos que se dedican al negocio de explotar las bananeras y sus trabajadores –la compañía United Fruit Company se instala en Macondo. Además, la llegada de los gringos a la zona produjo también una transformación social en Macondo. Forzosamente nos remitimos de nuevo al contexto colombiano de principios del siglo XX, exactamente a la zona de la Ciénaga, Magdalena de aquella época cuando llegaron los ‘gringos’ a explotar la zona bananera; o incluso nos podemos remitir al pueblo del mismo escritor, Aracataca, donde se instaló el Comisariato de la United Fruit Company.

“Tantos cambios ocurrieron en tan poco tiempo, que ocho meses después de la visita de Mr. Herbert los antiguos habitantes de Macondo se levantaban temprano a conocer su propio pueblo.

–Miren la vaina que nos hemos buscado –solía decir entonces el coronel Aureliano Buendía-, no más por invitar un gringo a comer guineo.” (CAS 341)

Gabriel García Márquez nos introduce, con Cien años de soledad, en un vasto universo de rituales cotidianos que simbolizan la complejidad cultural del colombiano, y en general, del latinoamericano de principio del siglo pasado. En el campo religioso de Macondo, por ejemplo, el autor presenta una doble perspectiva de sus habitantes. Por un lado se observa el rechazo y la falta de interés algunas veces por parte de las personas del pueblo: *“Le contestaban que durante muchos años habían estado sin cura, arreglando los negocios del alma directamente con Dios...” (CAS 178);* pero por otro lado, la misma familia Buendía terminaba aceptando los rituales religiosos: *“Nadie supo entonces en qué momento empezó (José Arcadio Segundo) a tocar las campanas en la torre, y a ayudarlo a misa al padre Antonio Isabel... Muy pronto se supo que [...] lo estaba preparando para la primera comunión. Le enseñaba el catecismo mientras afeitaba el pescuezo de los gallos.” (CAS 294)*

A pesar de que Macondo se había transformado en un pueblo próspero, se siguieron creando leyendas entorno a cualquier situación. Es probablemente una manera en que el autor comprueba que la esencia humana es quizá menos susceptible a las transformaciones abruptas que sufren los pueblos y las ciudades latinoamericanas. Aunque Macondo es objeto de desarrollo y transformaciones sociales importantes, sus habitantes (y forasteros) siguen siendo algunas veces bastante ingenuos –para seguir creando leyendas inverosímiles en torno a algunos sucesos- y otras veces, simplemente siguen siendo aquellos aldeanos primitivos que fundaron Macondo de la nada:

“Faltaba todavía una víctima para que los forasteros, y muchos de los antiguos habitantes de Macondo, dieran crédito a la leyenda de que Remedios Buendía no exhalaba un aliento de amor, sino un flujo mortal... La suposición de que Remedios, la bella, poseía poderes de muerte estaba

“...Aureliano dejó caer el anillo al tratar de ponérselo. En medio del murmullo y el principio de confusión de los convidados, ella mantuvo en alto el brazo con el mitón de encaje y permaneció con el anular dispuesto...” (CAS 177)

“Pilar Ternera fue quien más contribuyó a popularizar esta mistificación, cuando concibió el artificio de leer el pasado en las barajas como antes había leído el futuro. Mediante este recurso, los insomnes empezaron a vivir en un mundo construido por las alternativas inciertas de los naipes...” (CAS 141)

“El ramo de sábila y el pan que estaban colgados en el dintel desde los tiempos de la fundación...” (CAS 322)

“Por una especie de superstición científica, nunca trabajaba, ni leía, ni se bañaba, ni hacía el amor antes de que transcurrieran dos horas de digestión, y era una creencia tan arraigada que varias veces retrasó operaciones de guerra para no someter la tropa a los riesgos de una congestión.” (CAS 380)

El autor se encarga de darnos algunas claves en la misma obra sobre los temas en que incurren los protagonistas, como la costumbre de “hacer para deshacer”. El autor recurre a este auto-engaño del paso del tiempo con los personajes, pues con ello pretende que de alguna manera no avance el tiempo en ellos, pero lo magnífico de este punto es que los personajes mismos son conscientes del suceso.

“Viéndolo (a Aureliano Segundo) montar picaportes y desconectar relojes, Fernanda se preguntó si no estaría incurriendo también en el vicio de hacer para deshacer, como el coronel Aureliano Buendía con los pescaditos de oro, Amaranta con los botones y la mortaja, José Arcadio Segundo con los pergaminos y Úrsula con los recuerdos.” (CAS 434)

La imagen de autoridad femenina aparece repetidas veces, la mayoría de éstas imponiendo las costumbres en el hogar y los miembros de la familia. En la obra, Fernanda del Carpio juega el papel de imponer normas, ‘buenas’ costumbres, etc. introduciendo objetos en la vida cotidiana de la familia Buendía. Está allí para poner orden y tratar en vano de transformar la naturaleza inalterable de los Buendía.

“A pesar de la visible hostilidad de la familia, Fernanda no renunció a la voluntad de imponer los hábitos de sus mayores. Terminó con la costumbre de comer en la cocina, y cuando cada quien tenía hambre, e impuso la obligación de hacerlo a horas exactas en la mesa grande del comedor arreglada con manteles de lino, y con los candelabros y el servicio de plata. La solemnidad de un acto que Úrsula había considerado siempre como el más sencillo de la vida cotidiana creó un ambiente de estiramiento contra el cual se rebeló primero que nadie el callado José Arcadio Segundo. Pero la costumbre se impuso, así como la de rezar el rosario antes de la cena, y llamó tanto la atención de los vecinos, que muy pronto circuló el rumor de que los Buendía no se sentaban a la mesa como los otros mortales, sino que habían convertido el acto de comer en una misa mayor.” (CAS 321)

El autor de Cien años de soledad conjuga en cada personaje una serie de aspectos que los hacen casi tan míticos como la misma Macondo. Algunas veces los personajes poseen aspectos que se contraponen a sus mismos valores (de poseerlos), pero en general, están marcados por rasgos comunes. También es remarcable que los nombres se repiten y la misma familia busca o inculca rasgos similares de la persona que lleva o llevó el mismo nombre (especialmente con los hombres).

Recordemos nuevamente que en José Arcadio Buendía, por ejemplo, encontramos la imagen del patriarca emprendedor. Poseedor de una gran imaginación obsesiva, José Arcadio Buendía se convierte en el modelo de desarrollo social y económico de Macondo.

El autor conserva la estabilidad de la obra en parte por medio de los personajes presentándolos meticulosamente en parejas y la mayoría de las veces siendo

entonces sustentada por cuatro hechos irrefutables.” (CAS 346-347)

Sin embargo, hay que tener en cuenta que Gabriel García se vale de la “naturalidad” con que sus personajes son espectadores de muchos eventos extraordinarios, por lo que no es extraño entonces que fabriquen y terminen creyendo en estas leyendas.

También es notorio el manejo de las supersticiones en la obra. García Márquez no hace otra cosa que incluir las creencias populares del pueblo latinoamericano en la familia Buendía y en otros habitantes del pueblo (excepto Fernanda del Carpio). Se confirma de esta manera que somos una sociedad creada (y en parte, que aun vive) en base a leyendas y mitos y que en la mayoría de los casos –como en Cien años de soledad– conviven con las creencias religiosas.

Conversaciones con Plinio Apuleyo Mendoza.

5.

Por otro lado, en Aureliano se conjugan dos imágenes. La primera imagen de Aureliano que nos ofrece la obra es la de un hombre casero y retraído que, desde mi perspectiva, se contraponen de una manera casi abismal a la segunda imagen del mismo hombre, uno decidido y guerrero, el Coronel Aureliano Buendía. El coronel, como un ícono en la obra, indudablemente representa a muchos líderes que han pretendido luchar (o en efecto lo han hecho) por una causa o un ideal tanto en Colombia como en la mayoría de los países latinoamericanos. El mismo autor reconoce haberse apoyado parcialmente en la figura del general Rafael Uribe Uribe (además de su abuelo materno), el cual no era militar de carrera, pero luchó como tal al frente del improvisado ejército liberal en la Guerra de los mil días. Observemos algunos pasajes descriptivos de este personaje:

“Aureliano vivía horas interminables en el laboratorio abandonado, aprendiendo por pura investigación el arte de la platería. [...] fue necesario que Visitación les cosiera alforzas a las camisas y sisas a los pantalones, porque Aureliano no había sacado la corpulencia de los otros. La adolescencia le había quitado la dulzura de la voz y lo había vuelto silencioso y definitivamente solitario.” (CAS 131)

“Don Apolinar Moscote tuvo dificultades para identificar aquel conspirador de botas altas y fusil terciado a la espalda con quien había jugado dominó hasta las nueve de la noche. –Esto es un disparate, Aurelito –exclamó. –Ningún disparate –dijo Aureliano–. Es la guerra. Y no me vuelva a decir Aurelito, que ya soy el coronel Aureliano Buendía.” (CAS 201)

Desde mi perspectiva, Úrsula es el centro de la obra sin duda alguna. Es la mano derecha de José Aureliano Buendía cuando deciden fundar Macondo. Definitivamente hay que considerar a Úrsula también como promotora del modelo social que los demás habitantes de la aldea desean reproducir. El autor asegura haber tenido presente a su madre y a su abuela para formar este maravilloso personaje, que realmente es la reproducción de la típica mujer colombiana de antaño: laboriosa y sobretodo encomendada por voluntad propia a su hogar. Con los pies bien puestos sobre la tierra, Úrsula no se desmorona fácilmente ante cualquier situación. Observemos algunos pasajes donde sin duda alguna se confirma que Úrsula es el personaje eje de la obra, de la vida de Macondo, de principio a fin.

“La laboriosidad de Úrsula andaba a la par con la de su marido. Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche... Gracias a ella, los pisos de tierra golpeada, los muros de barro sin encalar, los rústicos

opuestos uno del otro. Encontramos así, en la segunda generación de los Buendía, a los hermanos: José Arcadio que se opone a Aureliano. Por otro lado está Amaranta que se opone a Rebeca.

En José Arcadio hijo se pone de manifiesto claramente la imagen de la concepción que se tiene en Latinoamérica del típico macho en parte por sus características físicas (musculoso, descomunal, pene de gran tamaño), además de su forma de comportarse (mujeriego, vividor, pacífico, etc.)

“Tenía la cabeza cuadrada, el pelo hirsuto y el carácter voluntarioso de su padre.” (CAS 100)

“... la mujer miró a José Arcadio (hijo) y examinó con una especie de fervor patético su magnífico animal en reposo.” (CAS 122)

“Llegaba un hombre descomunal. Sus espaldas cuadradas apenas si cabían por las puertas... los brazos y el pecho completamente bordados de tatuajes crípticos...el pelo corto y parado como las crines de un mulo, las mandíbulas férreas y la mirada triste. ... y su presencia daba la impresión trepidatoria de un sacudimiento sísmico.” (CAS 187)

6.

“La laboriosidad de Úrsula andaba a la par con la de su marido. Activa, menuda, severa, aquella mujer de nervios inquebrantables, a quien en ningún momento de su vida se la oyó cantar, parecía estar en todas partes desde el amanecer hasta muy entrada la noche... Gracias a ella, los pisos de tierra golpeada, los muros de barro sin encalar, los rústicos muebles de madera contruñidos por ellos mismos estaban siempre limpios...” (CAS 93)

“Úrsula [...] en una secreta e implacable labor de hormiguita predispuso a las mujeres de la aldea contra la vejez de sus hombres, que ya empezaban a prepararse para la mudanza. [...] –No nos iremos –dijo–. Aquí nos quedamos, porque aquí hemos tenido un hijo. [...] Mientras Úrsula seguía barriendo la casa que ahora estaba segura de no abandonar en el resto de su vida, el permaneció contemplando a los niños con mirada absorta, hasta que los ojos se le humedecieron y se los secó con el dorso de la mano, y exhaló un hondo suspiro de resignación.” (CAS 99-100)

“Cuando Úrsula irrumpió en el patio del cuartel, después de haber atravesado el pueblo clamando de vergüenza y blandiendo de rabia un rebenque alquitranado, el propio Arcadio se disponía a dar la orden de fuego al pelotón de fusilamiento. –¡Atrévete, bastardo! –gritó Úrsula. [...] Atrévete asesino, gritaba. ... Azotándolo sin misericordia (a Arcadio), lo persiguió hasta el fondo del patio, donde Arcadio se enrolló como un caracol. ... Dejó a Arcadio con el uniforme arrastrado, bramando de dolor y rabia, y desató a don Apolinar Moscote para llevarlo a su casa. ... A partir de entonces fue ella quien mandó en el pueblo. Restableció la misa dominical, suspendió el uso de los brazaletes rojos y descalificó los bandos atrabiliarios.” (CAS 205-206)

Al analizar la obra *Cien años de soledad* del Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, poco a poco se hace evidente que el inconsciente del autor juega un papel importante en la construcción de dicha obra. A partir de su propia realidad, de sus vivencias, de sus miedos y de su propia cultura el autor estableció la realidad ficticia de la obra, es decir, reorganizó su mundo en el mundo mágico de Macondo, donde también se dan encuentro nuestras propias experiencias y recuerdos. Experiencias y recuerdos que los colombianos, y en general los latinoamericanos de las nuevas generaciones, han heredado de forma colectiva y es precisamente de esta forma, que la obra consigue actualizarse y seguir siendo vigente en nuestras vidas. El autor, mediante la obra, tiene la capacidad de transportarnos a Macondo y nos invita a mirarnos a nosotros mismos –y a nuestros padres, abuelos y bisabuelos- en aquellas “casas con paredes de espejos” que alguna vez soñó José Arcadio Buendía. Nos enseña a redescubrir nuestros valores y nos permite burlarnos de manera inteligente de la idiosincrasia que nos sigue caracterizando a los pueblos latinoamericanos.